

Tu labio desconoce
Entre ese laberinto,
Que la verdad me esconde.
Ya en vez de aquellos dulces
Cuanto sencillos sonos,
Que fáciles pintaban
Tus gozos y temores;
De aquellos blandos ayes,
Suavisimos arpones,
Que traspasar pudieran
Un corazón de bronce;
Difícil y estudiada
Lucirme te propones,
Profusa en tus gorjeos,
Del arte los primores.
El los admire; y deja
Que yo incómodo note
Que así para perderte
La vanidad te adorne;
Cual cortesana altiva,
Que por brillar escoge
Las galas que la afean,
En vez de lindas flores,
Que agracian las zagalas,
Y en su sencillo porte,
En las almas despiertan
Tan placidos amores.
Clara, fácil y pura
La voz de las pasiones,
Ora vehementes truenen,
Ora apenadas lloren.
Solo un sollozo, un grito,
Un débil ¡ay! nos rompe,
De ellas lanzado, el pecho,
Y en ansias mil lo pone;
Cual el pio doliente
Que en la lobrega noche
Solitaria despide
Filomena en el bosque.
Hasta el silencio mismo
A que el dolor se acoge,
Cuando el cruel despecho
Sin compasión la roe,
Muy más al alma dice
Que ese oropel informe
Que en tu voluble labio
Cual un torrente corre;
Ese tropel de quiebro,
Que mi atención absorbe,
Para ofuscarla, estéril
En dulces emociones.
Si, pues, cual veces tantas,
Buscas que el seno acorde
Con tus acentos ría,
Suspire, anhele, goce,
Vuelves, Galatea,
A mi súplica dócil,
La sencillez amable
Que me hechizaba entonces.

ODA XV.

LA RECONVENCIÓN.

¡Qué mal tus juramentos
Y el entusiasmo ardiente,
Con que un amor constante
Falaz probarme quieres,
Con tus volubles pasos,
Con el fatal billete,
Con todo cuanto miro,
Galatea, conviene!
En vano, en vano intentas
Las nubes deshacerme,
Que tu decoro manchan,
Mis glorias oscurecen.
Las que tú sombras llamas,
Son muestras evidentes
De mi abandono injusto,
De tu inconstancia aleva,
De mi rival dichoso
Yo vi la altiva frente

Ornar de Amor el mirto,
Las rosas de Cítères,
Te vi por inflamarlo
Solicita prenderte,
Y al valle como loca
Salir por sólo verle.
Ciervilla apasionada,
Que en su furor vehemente
Corre el monte, y bramando,
Los aires ensordece.
Y vite, al encontrarle,
Perdida embebecerte,
Intérpretes los ojos
De tu pasión demente;
Con sus miradas tiernas
Las tuyas entenderse;
Con él gastar mil sales,
Conmigo mil desdenes.
En los canoros trinos,
Que al hielo mismo encienden,
Te of por él las ansias,
Que yo escuché otras veces.
Y en tu nevado seno,
¡Oh nunca yo lo viese!
De su delirio insano
Las señas aún recientes.
¡Y eres, ay, fementida,
La que jurarme sueles
Que triunfará tu llama
Del tiempo y de la muerte!
¡La que por mí en tus cantos
Dudas, recelas, temes,
O en débiles sollozos
Penada desfalleces!
Injusta Galatea,
No más, no más intentes
Con lágrimas y excusas
Falaz entretenerme.
No más, no más perjura,
Me tiendas ya tus redes;
Los rayos de tus ojos
Por falsos no me hieren.
Cesó el encanto, Armida,
En vano por prenderme,
Artera, en tu regazo
Delicias mil me ofreces;
Tus labios y tus ojos
Fascinan dulcemente;
Cuanto los dos afirman,
Tu pecho lo desmiente.
Conozco tu inconstancia;
Conozco que no puedes
Guardar ni un solo día
Lo que falaz prometes.
No, pues, tu voz profane
Amores que no tienes,
Ni á quien te amó tan fino,
Mas, bárbara, atormentes.
Que el plazo no está lejos,
Si el cielo no pretende
Cual tú burlarme injusto,
En que el Amor me vengue;
En que tu impuro incienso
Su indignación desdeñe,
De su feliz morada
Te arroje para siempre;
Y tú el desprecio lloras
Del mismo que hoy prefieres,
Lo nada que en él ganas,
Lo mucho que en mí pierdes.

ODA XVI.

EL ROMPIMIENTO.

¡Ves fósforo radiante
Que en el cielo tranquilo
Se enciende, corre y muere
En un momento mismo!
Tal s, oh Galatea,
Por tu inconstancia, han sido
Mis aparentes dichas,

Nuestro fugaz cariño,
Inopinado al soplo
Prendióse de un suspiro,
Que á tus dolientes ayes
Exhaló el pecho mio.
Corrió vivaz la llama
Por todos los delirios
Que en su embeleso sueña
Amor correspondido.
Faltó por tus mudanzas
El pábulo á su brillo,
Y súbito entre sombras
Hundióse en el olvido.
Con él de tu garganta
Cesó el fatal prestigio;
Y amor que encendió el viento,
Cual viento se deshizo.
Quédate, pues, volitaria;
Tus melodiosos trinos
A otro prendan que lloro,
Mientras yo libre río.

LETRILLAS.

LETRILLA PRIMERA.

EL AMANTE TÍMIDO.

*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
En la pena aguda,
Que me hace sufrir
El Amor tirano
Desde que te vi,
Mil veces su alivio
Te voy á pedir,
Y luego, aldeana,
Que llevo ante tí,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
Las voces me faltan,
Y mi frenesí
Con miseros ayes
Las cuida suplir;
Pero el dios que aleva
Se burla de mí,
Cuanto ansio más tierno
Mis labios abrir,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
Sus fuegos entonces
Empieza á sentir
Tan vivos el alma,
Que pienso morir;
Mis lágrimas corren,
Mi agudo gemir
Tu pecho sensible
Conmueve; y al fin,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
No lo sé, temblando,
Si por descubrir
Con loca esperanza
Mi amor infeliz,
Tu lado por siempre
Tendré ya que huir,
Sellándome el miedo
La boca; y así,
*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*
¡Ay! ¡si tú, adorada,
Pudieras oír
Mis hondos suspiros!
Yo fuera feliz;
Yo, Filis, lo fuera,
Mas ¡triste de mí!
Que tímido al verte
Burlarme y reír,

*Si quiero atreverme,
No sé qué decir.*

LETRILLA II.

A UNOS LINDOS OJOS.

*Tus lindos ojuelos (1)
Me matan de amor.*
Ora vagos giren,
O párense atentos (2),
O miren exentos,
O lánguidos miren,
O injustos se airen
Culpando mi ardor,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Si al fanal del día
Emulando ardientes,
Alientan clementes
La esperanza mía,
Y en su halago fia
Mi crédulo error,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Si evitan, arteros,
Encontrar los míos,
Sus falsos desvíos
Me son lisonjeros.
Negándome fieros
Su dulce favor,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Los cierras burlando,
Y ya no hay amores,
Sus flechas y ardores
Tu juego apagando:
Yo entonces, temblando,
Clamo en tanto horror:
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Los abres riende,
Y el amor renace,
Y en gozar se place
De su nuevo oriente;
Cantando demente
Yo al ver su fulgor:
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*
Tórnalos, te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado
De mirar su fuego.
¡Ay! tórnalos luego;
No con más rigor
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor (3).*

LETRILLA III.

LA GUIRNALDA.

*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
De las tiernas flores
Que da mi vergel,

(1) Tus ojuelos, niña. (Variante.)

(2) O fijense atentos. (Id.)

(3) En un principio tenía esta letrilla sólo tres estrofas. Después MELENDEZ, al corregir sus obras, suprimió una de las estrofas, la siguiente, que no vale menos que las añadidas:

Si se alzan al cielo,
Llenos de temores;
Si alegran las flores,
Tórnalos al suelo,
O abaten el vuelo.
De mi ciego error,
Siempre, niña hermosa,
Me matan de amor.

Cuántas vi más lindas
Con afán busqué;
Y aún entre ellas quise
De nuevo escoger
Las que entrelazadas
Formasen más bien
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Los ricos matices
Que vário el pincel,
En ellas, de Flora,
Sabe disponer,
Del gusto guiado,
Tan feliz case,
Que es gozo y envidia
De cuantos la ven,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Sentí al acabarla
Tan dulce placer,
Que al niño vendado
La quise ofrecer.
«No, luego me dije,
Que es falso y cruel;
Y de la inocencia
Premio debe ser
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Allá en sus pensiles
El puede coger
Guirnaldas, que ciñan
Su pérdida sien;
Mientras mi respeto
Consagra á los pies
Del decoro amable,
Del recato fiel,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
No la esquivé, niña,
Tu áspero desden,
O bajas los ojos
Con más timidez;
Ni en tanta vergüenza
Te mire yo arder,
Que venza tu rostro,
Por su rosicler,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Sobre tu cabello
Déjala poner,
Que en dón tan humilde
Nada hay que temer.
Verás cual se luce
Con su blonda red,
Y de tu alba frente
Con la hermosa tez,
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Las flores son galas
De la sencillez;
Tu beldad sencilla
Digna de ellas es;
Dignas tus virtudes
De más alto bien.
Admite, pues, niña,
Admite cortés
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.*
Y ¡ojalá te mire
Tanto florecer,
Que eternos loores
Los siglos te den!
¡Ojalá á tu mando
Las dichas estén!
Cual ora por fendo
De tus gracias ves
*Mi linda guirnalda
De rosa y clavel!*

LETRILLA IV.
LA LIBERTAD Á LICE.

Traducción del Metastasio.

Mereced á tus traiciones,
Al fin respiro, Lice,
Al fin de un infelice
El ciclo hubo piedad;
Ya rotas las prisiones,
Libre está el alma mía;
No sueño, no, este día
Mi dulce libertad.
Cesó la antigua llama,
Y tranquilo y exento,
Ni aún un despique siento
Do se disfrace amor.
No el rostro se me inflama
Si oigo tal vez nombrarte;
El pecho no, al mirarte,
Palpita de temor.
Duermo en paz, y no creo
Tu imagen ver presente,
Ni al despertar, la mente
Se empieza en tí á gozar.
Léjos de tí me veo,
Y quieto estoy de grado;
Que nada en mí ha quedado (4),
Ni gusto ni pesar.
Si hablo en tus perfecciones,
No enternecerme siento,
Si mis delirios cuento,
Ni aún indignarme sé.
Delante te me pones,
Y ya no estoy turbado;
En paz, con mi engañado
Rival, de tí hablare.
Mirame en rostro fiero,
Háblame en faz humana;
Tu altanería es vana,
Y es vano tu favor;
Que en mí el mandar primero
Perdió tu hablar divino,
Tus ojos no el camino
Saben del corazón.
Lo que me place ó enfada,
Si estoy alegre ó triste,
No en ser tu dón consiste,
Ni culpa tuya es;
Que ya sin tí me agrada
El prado y selva hojosa;
Toda estancia enojosa
Me cansa, aunque allí estés.
Mira si soy sincero:
Aun me pareces bella,
Pero no, Lice, aquella
Que parangon no ha;
Y (no por verdadero
Te ofenda) algún defecto
Noto en tu lindo aspecto,
Que tuve por beldad.
Al romper las cadenas
(Digolo sonrojado),
Mi corazón llagado
Romper se vió y morir;
Mas por salir de penas,
Y de opresión librarse,
En fin, por rescatarse,
¡Qué no es dado sufrir!
El colorín, trabado
Tal vez en blanda liga,
La pluma, en su fatiga,
Deja por escapar;
Mas presto matizado
Se ve de pluma nueva,
Ni, cauto con tal prueba,
Le tornan á engañar.

(4) En lugar de este verso y del anterior, escribió MELENDEZ en un principio estos otros:

Sin que de tí haga cuenta;
Cerca estoy sin que sienta.

Sé que aun no crees extinto
Aquel mi ardor primero,
Porque callar no quiero,
Y del hablando estó;
Sólo el natal instinto
Me agnija á hacerlo, Lice,
Con que cualquiera dice
Los riesgos que sufrió.
Pasadas iras cuento
Tras tanto ensayo fiero;
De la herida el guerrero
Muestra así la señal.
Así muestra contento,
Cautivo que de penas
Escapó, las cadenas
Que arrastró por su mal.

Hablo, mas sólo hablando
Satisfacerme curo;
Hablo, mas no procuro
Que crédito me des.

Hablo, mas no demando,
Si apruebas mis razones,
Si á hablar de mí te pones,
Que tan tranquila estés.
Yo pierdo una inconstante,
Tú un corazón sincero;
Yo no sé cuál primero
Se deba consolar.

Sé que un tan fiel amante
No le hallarás, traidora;
Mas otra engañadora
Bien fácil es de hallar.

LETRILLA V.

REGALANDO UNOS DULCES Á UNA
SEÑORITA DE POCOS AÑOS.

A la más dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La margen pisan;
A la preciosa
Y amable Silvia,
Un dulce mimo
Mi afecto envía.

A la que, artera,
Vivaz, festiva,
Puede á las Gracias
Causar envidia;
Cuya persona,
Toda es delicias,
Toda en su trato
Sales y almibar.

La que azucena
Pura, sencilla,
Sin gemir hace
Que tantos giman;
Y en su inocencia
Donosa y linda,
Arrastra esclavos
Cuanto la miran.

Cuyos ojuelos
La bondad misma
Son, y la boca
Fuente de risas;

Mientras en su seno
Reinan unidas
La atención grata,
La amistad fina;
Seno, á quien nada
Bajo mancilla
De almos afectos
Felice mina.

¡Oh! en paz gloriosa
Por siempre vivas,
Sin que te anublen
Duelos ni cuitas;

Todo te halague,
Todo te ria;
La suerte en todo
Ciega te sirva.

Ni en tus hervores
Nunca despidas
Otros suspiros
Que de alegría,
Nunca; y el cielo,
Cual con benigna
Lumbre á la tierra
Plácido mira,
Así riente,
La edad florida
Regale, adule,
Colme de dichas
A la más dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La margen pisan.

LETRILLA VI.

LA FLOE DEL ZURGUEN (1).

Parad, airecillos,
Y el ala encoged;
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.

Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Do del sol se guarde
La flor del Zurguen.

Parad, airecillos,
Parad, y veréis
A aquella que, ciego
De amor, os canté;

A aquella que aflige
Mi pecho cruel,
La gloria del Tórmes,
La flor del Zurguen.

Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas;
Y atónitos ved
Do artero Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
La flor del Zurguen.

Volad á los valles;
Veloces traed
La esencia más pura
Que sus flores den.

Veréis, cefirillos,
Con cuánto placer
Respira su aroma
La flor del Zurguen.

Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cuál late y se agita
Su seno con él;

El seno turgente,
Do tanta esquivéz
Abrija en mi daño
La flor del Zurguen.

¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!

Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es!
Que es cruda, cual bella,
La flor del Zurguen.

La ruego, y mis ansias
Altiva no cree;
Suspiro, y desdena
Mi voz atender.

Decidme, airecillos,
Decidme, ¡qué haré
Para que me escuche
La flor del Zurguen?

(1) Así llamaba el autor á una niña muy
bella, del nombre de un valle cercano á Sa-
lamanca.

Vosotros, felices,
Con vuelo cortés
Llegad, y besadle
Por mi el albo pié.
Llegad, y al oído
Decidle mi fe;
Quizá os oiga afable
La flor del Zurguen.
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa
Su altivo desden.
Llegad, y piadosos,
De un triste os doled;
Así os dé su seno
La flor del Zurguen.

LETRILLA VII.

FÍLIS CANTANDO.

Venid, avecillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Venid, de sus labios,
Do la suavidad
Suspira entre rosas
Y miel y azahar,

La alegre aborada
Canoras llevad,
Para cuando el día
Comience á rayar.

Venid, avecillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Con vuestros piquitos
Dulces remedad
Sus juegos alegres,
Su tono y compas;

Las fugas y vueltas
Con que enajenar
De amor logra á cuantos
Oyéndola están.

Venid, avecillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Seguid su elevado
Y ardiente trinar,
O el desfallecido
Blando suspirar,

Que el alma penetra
De dulzura tal,
Que en pos de sus ayes
Se quiere exhalar.

Venid, avecillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Yo, que lo he sentido,
No alcanzo á explicar
Cuál mueve y encanta
Su voz celestial.

Venid, vosotras,
Venidlo á probar,
Por más que su gracia
Tengais que envidiar.

Venid, avecillas,
Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

Venid, parlerillas;
No dejéis pasar
La ocasión dichosa,
Pues cantando está.

Venid revolando;
Que no ha de cesar
Su voz regalada
Con vuestro llegar.

Venid, avecillas,

Venid á tomar
De mi zagaleja
Lección de cantar.

LETRILLA VIII.

LA ROSA.

Deja que en tu seno
La ponga feliz.
La rosa primera
Que de mi jardín,
Llorándolo Flora,
Hoy, Filis, cogí,

Y Amor, á mi ruego,
Crió para tí,
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

Ella el suyo hermoso
Acaba de abrir,
Del céfiro blando
Al soplo sutil;

Y en otro de nieve
Anhela morir;
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

Su aroma fragante
Puede competir
Con cuantos de Gnido
Exhala el pensil;

Su púrpura excede
Al vivo carmin;
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

La altiva azucena,
El albo jazmin,
El clavel pomposo
Y el fresco albell,

Párias á mi rosa
Le deben rendir;
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

Si Venus la viera,
Como yo la vi,
Entre cien pimpollos
Flotante lucir,

Quisierala al punto
Sólo para sí;
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

Quisieran las Gracias,
En donosa lid,
El prez de gozarla
Con Venus partir,

Y adornar con ella
Su pecho gentil;
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

Dejalo, y permite
Que á mi rosa unir
Mil dulces suspiros
Pueda, y ansias mil;

Quizá así más grata
Los gustes de oír,
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

Vé, flor venturosa,
Y á mi amada di
Cuán penado envidio
Tu glorioso fin;

Por él yo trocará
Mi triste vivir.
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

Haz lenguas tus hojas
Y clamen por mí,
Clamen hasta verla
Arder y gemir,

Robando á su boca
Dulcísimo un sí.
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

LETRILLAS.

Si alcanzases, rosa,
Como yo á sentir,
¡Oh! ¡cuál te meciera
De aquí para allí,

Sus globos de nieve
Ansiando cubrir!
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

Si yo en tí pudiese
Mi sér convertir,
Sobre ellos mis labios
Lograra imprimir.

¡Ay Filis! que sólo
Me es dado decir:
Deja que en tu seno
La ponga feliz.

LETRILLA IX.

EL DESPECHO.

Sal ¡ay! del pecho mio,
Sal luego, amor tirano,
Y apaga el fuego insano
Que abrasa el corazón.

Bastante el albedrio
Lloró sus crudas penas,
Esclavo en las cadenas
Que hoy rompe la razón.

No más á una inhumana
Seguir perdido y ciego,
Ni con humilde ruego
Quererla convencer.

Con su beldad ufana,
Allá se goce altiva;
Que á mí no me cautiva
Quien me hace padecer.

Dos años la he servido,
Y en ello ¡qué he ganado!
Llorar abandonado,
Pesares mil sufrir.

¡Oh tiempo mal perdido!
¡Oh agravios! ¡oh traiciones!
¡En tantas sinrazones
Cómo podré vivir!

Pensaba yo que un día,
Favorecido amante,
Por mi pasión constante
Me coronara Amor;

Y ardiente en mi porfía,
Contento en el desprecio,
Pensaba yo... ¡qué necio
Juzgó mi ciego error!

Mis ansias por agravios
Suenan en sus oídos;
Los míseros gemidos
Irritan su esquivéz.

Así mis tristes labios,
No osando ya quejarse,
Ni aun pueden aliviarse
Nombrándola una vez.

La busco, y tras su planta
Corriendo voy; mas ella
Me evita, y ni su huella
Logra mi fe adorar;

Que con fiereza tanta
Llegó ya á aborrecerme,
Que el rostro, por no verme,
Ni aun quiere á mí tornar.

¡Ingrata! ¡fementida!
Prosigue en tus rigores,
O añade otros mayores
Con bárbaro placer.

Signe, que ya extinguida
La hoguera en que penaba,
Do el alma se abrasaba,
Quiero en venganza ver.

Mas no, mi dulce dueño;
Cese el desden impío,
Cese, y del amor mio
Déjate ya servir.

Y quien tu antiguo ceño

Lloró, zagala hermosa,
Merezca que amorosa
Le empieces á seguir.

LETRILLA X.

EL RICITO.

Ricito donoso,
De amor dulce red.
Cadejito de oro,
Que debo á mi bien,

A calmar suave
En mi pecho ven
De ausencia tan triste
La pena cruel,

Ricito donoso,
De amor dulce red.
Su fina memoria,
Que mis ansias ve,

Por premio te envía
De mi tierna fe;
Y en tí á par la suya
Me quiere ofrecer,

Ricito donoso,
De amor dulce red.
Mi amor la recibe,
Y espera que fiel,

No olvide los votos
Que allá le escuché,
Cual yo aquí su esclavo
Por siempre seré,

Ricito donoso,
De amor dulce red.
Yo te vi algún día,
¡Oh! ¡cuál lo envidié!

Suelto, de su frente
La nieve envolver,
O en feliz contraste
Con su rubia sien,

Ricito donoso,
De amor dulce red.
Y tus blondas sedas
Vi á Amor extender;

Así á sus ojuelos
Un velo tejer,
Y artero y festivo
Cubrirse con él,

Ricito donoso,
De amor dulce red.
Mas fúlgido entonces,
Y en todo tu prez,

Al oro de Tívar
Te vi oscurecer;
Y yo, entre tus hebras
Cautivo, exclamé:

Ricito donoso,
De amor dulce red.
Si mil libertades
Se van á perder

En tu laberinto,
La mia ¡por qué
Tan noble osadía
No habrá de tener!

Ricito donoso,
De amor dulce red.
Hoy quiere tu dueño,
Mudado tu sér,

Que en tí asegurada
Mi ventura esté.
Ven, pues, de mi pecho
Al firme joyel,

Ricito donoso,
De amor dulce red.
Ven, y mi esperanza
Benigno sosten;

Que yo con mi lira
Tan claro te haré,
Que los astros mismos
Un lugar te den,

Ricito donoso,
De amor dulce red.

LETRILLA XI.
LA RESOLUCION.

*Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.*
Por selva y prado
Mi dulce amor
Me sigue, hablando
De su dolor.
Suspira y llora,
¡Ay! ¿seré yo
*Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor?*
En blando alivio,
Solo un favor
Me ruega humilde;
¿Se lo haré? No.
No; que me manda
Ser el honor
*Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.*
¡Honor tirano!
Que á la razon
Bárbaro oprimes,
¿Quién te inventó?
¿Por qué me ordenas
Ser con Damon,
*Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor?*
¿Por qué al más fino
Gentil pastor,
Por qué negarle
Tan fácil don,
Ni ser, injusta,
Si él me prendó,
*Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor?*
Yo bien lo hiciera,
Mas otra voz,
«Huye, me clama,
Tal sinrazon;
»Ni el gusto ferias
A un vil temor,
*Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.*
»Mira que el dia
Vuela veloz,
Y el que le sigue
Nunca es mejor.
»Mañana es tarde;
Cesa en tu error,
*Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.*
»La beldad pasa;
Coge su flor,
Que en un momento
La agosta el sol;
»Y en vano entonces
Serás ¡qué horror!
*Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.*
»Túrbome y dudo,
Y en dulce union,
A amar me inclino
A quien me amó,
Sin que á ser basto
Ya mi rigor,
*Bronce á su llanto,
Nieve á su ardor.*
Antes le entrego
Mi corazon,
Cual fino el suyo
Se me rindió;
Siendo, en tan grata
Transformacion,
*Nieve á su llanto,
Cera á su ardor.*

LETRILLA XII.
LA FLOR DEL ZURGUEN.

Aves que canoras
Venis á ofrecer
La alborada al dia
Que empieza á nacer,
Si aun dulces trinais
Por ver á mi bien,
Callad, que ya sale
La flor del Zurguen.
Si ansiais de sus gracias
Las señas tener,
Callad, parlerillas,
Que yo os las diré;
Que en el alma impresas
Las llevo tan bien,
Cual tenga las mias
La flor del Zurguen.
Su rostro la gloria,
La nieve su tez,
Sus risas el alba,
Su lengua la miel,
Y el turgente seno
De Amor el vergel,
Donde con él juega
La flor del Zurguen.
Sobre él la donosa
Prendiera un joyel,
Do heridos dos pechos
De amores pinté;
Un lazo los une
De rosa y clavel;
Y en torno esta letra:
La flor del Zurguen.
Sin que yo la llame,
Blando ya el desden,
Cual suelta coreilla
Me sale aquí á ver;
Y cual fiel paloma
Tras su pichon fiel,
Así á mi voz corre
La flor del Zurguen.
Conmigo á este valle
Do clama á aprender,
De amor en el arte,
Leccion de querer;
Y ya á todas pasa
En ménos de un mes;
¿Mañana es tarde;
La flor del Zurguen!
Cuidado, avécitas,
Que nadie á entender
Los misterios llegue
La noche y el dia
Si cual niña simple,
La vierais tal vez
Que amable os los fia
La flor del Zurguen.
Callad la inocencia
Y el vivo placer
Que á par en su rostro
Riendo se ven,
Cuando, en dulce premio
De mi tierna fe,
Me mira y suspira
La flor del Zurguen.
Y yo, muy más loco,
Al verla temer
Y ansiar, y en mis llamas,
Negándolo, arder;
Templar en su seno,
Procuro, la sed
Que enciende en el mio
La flor del Zurguen.
Mas vedla cuál llega;
Yo, ciego, no sé,
Al ver su donaire,
Que decir ni hacer.
Trinadle vosotras
Por mí el parabien,

Y suene hasta el cielo
La flor del Zurguen.

LETRILLA XIII.
EL LUNARCITO.

La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
¿De dónde, donosa,
El lindo lunar
Que sobre tu seno
Se vino á posar?
¿Cómo, di, la nieve
Lleva mancha tal?
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
¿Qué tienen las sombras
Con la claridad,
Ni un oscuro punto
Con la alba canal,
Que un val de azucenas
Hiende por mitad?
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
Premiando sus hojas
El ciego rapaz,
Por juego un granate
Fué entre ellas á echar;
Mirólo y rióse,
Y dijo vivaz:
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
En el sus saetas
Se puso á probar,
Mas nunca lo hallára
Su punta fatal.
Y diz que, picado,
Se le oyó gritar:
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
Entonces su madre
La parda señal
Por término puso
De gracia y beldad,
Do clama á aprender,
Al verse estrellar:
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
Estrellase y mira,
Y torna á mirar,
Mientras el pensamiento
Mil vueltas le da,
Inso, perdido,
Ansiando encontrar
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
Cuando tú lo cubres
De un albo cendal,
Por sus leves hilos
Se pugna escapar.
¿Sennelo del gusto!
¡Dulcisimo iman!
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
Turgente tu seno
Se ve palpar,
Y á su blando impulso
El viene y él va;
Diciéndome mudo
Con cada compas:
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
Semeja una rosa,
Que en medio el cristal
De un limpio arroyuelo
Mecciéndose está.
Clamando yo al verle
Subir y bajar:
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?
¿Mi bien! si alcanzases

La llaga mortal
Que tu lunarcito
Me pudo causar,
No así preguntáras,
Burlando mi mal:
La noche y el dia
¿Qué tienen de igual?

LETRILLA XIV.
LA DESPEDIDA.

Adios, mi dulce vida,
Filiis, adios; que el hado
Mi fin ha decretado,
Y es fuerza ya partir.
Adios.... ¡oh despedida!
¡Oh crudo, amargo instante!
Adios.... ¡mi pecho amante
Pedrá sin ti vivir!
Sin esos lindos ojos,
Sin esa amable boca,
Que al mismo amor provoca,
¿Qué dicha podré hallar?
Solo angustias y enojos,
Dudas, llantos y celos,
¡Ay Fili, qué consuelos
Para mi ardor templar!
Acordarme en vano
De aquel felice dia
Que te juraste mia,
Que te ofrecí mi fe;
Y en mi delirio insano,
A ti tornando fino,
Mil veces el camino
Perderá incierto el pié.
De tu habla deliciosa
El celestial sonido
Conservará mi oido
Para mayor dolor;
Tu imágen engañosa
Creeré tener al lado;
A asirla iré, y burlado,
Maldeciré mi error.
Saldrá la fresca aurora
A recordarme aquella
Do á solas, muy más bella,
Te me dejaste ver.
Vendrá la noche: ahora
Libre, diré, le hablaba;
Ahora el amor nos daba
La copa del placer.
Cual colorin cautivo,
Luchando noche y dia,
La jaula abrir porfia,
Y el hierro quebrantar;
Así ¡dolor esquivo!
Daré mi pensamiento
De tormento en tormento,
Sin un punto parar.
Te seguiré celosa,
Te temeré enojada,
Te rogaré olvidada,
Te amansaré cruel;
O blanda y amorosa,
Con plácidas orejas
Oírás, tal vez, mis quejas,
Tan bella como fiel.
Ora estás mansa ó cruda,
Dudes, temas, receles,
Por mi salud anheles,
O desdenes mi amor;
Todo en mi pena aguda
Me angustiará; tu olvido
Por cierto, por fingido
¡Ay Fili! tu favor.
¿Más tú, mi bien, horosa!
¿Tú triste! ¡tú abatida!
Si estás así, mi vida,
¿Cuál mi dolor será?
Adios, adios; piadosa
Te acuerda que un mar hecho

LETRILLAS.

Me parto.... que mi pecho
Jamás te olvidará.

LETRILLA XV.

EN UN CONVITE DE AMISTAD.

*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
Amigos, bebamos,
Y en dulce alegría
Perdamos el dia:
La copa empinad.
¿En qué nos paramos?
La ronda empecemos,
Y á un tiempo brindemos
Por nuestra amistad.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
¿Oh qué bien que sabe!
Otro vaso venga:
Cada cual sostenga
Su parte en beber.
Y quien quiera alabe
De Amor el destino;
Yo tengo en el vino
Todo mi placer.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
¿Oh vino precioso!
¿Cómo estás riendo,
Saltando, bullendo!
¿Quién no te amará?
Tu olor delicioso,
Color senrosado,
Sabor delicado,
¿Qué no rendiré?
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
Amor da mil sustos,
Ansias y dolores;
Coja otro sus flores,
Cójalas por mí;
Que yo mis disgustos
Templaré bebiendo,
¡Oh Baco! y diciendo
Mil glorias de ti.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
Tú al Indo venciste;
Tú los tigres fieros
Cual mansos corderos
Pudiste ayuntar.
Tú el vino nos diste;
El vino, que sabe
La pena más grave
En gozo tornar.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*
Venga, venga el vaso,
Que un sorbo otro llama;
Mi pecho se inflama,
Y muero de sed.
Nadie sea escaso,
Ni aunque esté caído,
Se dé por rendido:
Amigos, bebed.
*Bebamos, bebamos
Del suave licor,*

*Cantando beodos
A Baco, y no á Amor.*

LETRILLA XVI.

EL VINO Y LA AMISTAD SUAVIZAN
LOS MÁS GRAVES TRABAJOS.

*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
¡Oh socios amados!
Que en tanta agonia
La fortuna impía
Combatiendo ve;
Jamás degradados,
Adore inclinada
Nuestra frente honrada
Su orgulloso pié.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
Ella se complace
En hollar odiosa
La virtud gloriosa
Y el sagrado honor;
Pero inútil hace
El justo su empeño,
Y con alto ceño
Burla su furor.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
La batida nave
De borrasca fiera
Se pierde velera
Por el ancho mar;
Y cuando más grave
Su riesgo aparece,
El sol que amanece
La sale á salvar.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
Dejad que ora truene
La calumnia infame,
Que cuanto ella trame
Sin fruto ha de ser:
Que el vulgo resuene,
Que el error se agite,
Que el celo se irrite;
Nada hay que temer.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
Clamarán que huimos
Nuestra dulce España:
Su bárbara saña
Debimos huir.
Sus puñales vimos;
Y España, en tal duelo,
Cual madre, á otro suelo
Nos hizo partir.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.*
Desde el doloridos
Nuestros ojos miran,
Do fieles suspiran
Las almas tornar;
Y en tiernos gemidos
La lengua apenada
¡Ay patria adorada!
Clama sin cesar.
*Al viento las penas:
Las copas llenad;*

Que todo lo endulzan
Vino y amistad.
Volveréis, amigos,
A sus sacros larces,
De indignos pesares
Libre el corazón.
Sagrados testigos (1)
De nuestra justicia,
Contra vil malicia,
Dios y la razón.

Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.
Su favor divino
Tornará el reposo,
Y al nublado odioso
Seguirá la luz.

Tal sol matutino,
Que hermoso se ostenta,
De la noche ahuyenta
El negro capuz (2).

Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.

En hermandad santa,
En tanto, los pechos
Ligad con estrechos
Vínculos de amor.

Baco á dicha tanta
Aplauda riente,
Y otra copa aumente
Su plácido ardor.

Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.

Amigos queridos,
Desde estos mis brazos
En mutuos abrazos
A uniros corred.

De la mano asidos,
Juradme y juremos
Que hermanos serémos,
Y á un tiempo bebed.

Al viento las penas:
Las copas llenad;
Que todo lo endulzan
Vino y amistad.

CANTATA

en la solemne entrada del rey, nuestro señor,
don Fernando VII, en Madrid, disuelto y
abolido el gobierno de las Cortes (1814).

Cayó el loco bando.
Ya fausto en Madrid
Gobierna Fernando:
Que viva, decid.
Entronóse ufana

(1) Así escribió MELENDEZ en un principio.
Después corrigió este verso, y puso *angustos*
testigos, sin echar de ver el efecto antieufó-
nico que producen las sílabas seguidas tos-
tes-ti.

(2) En vez de estas dos cuartetas, escribió
MELENDEZ, en un principio, estas otras:

A su acento angusto
Daré grato oído
Quien tanto ha sufrido
Del hado cruel.
Su corazón justo
Y amable dulzura,
De nuestra ventura
Son garante fiel.

Esta variante consta en un manuscrito de
colección del señor don Aureliano Fernan-
dez-Guerra.

La facción aleve,
Que el nombre se atreve
De España á usurpar;
Y gritando, insana,
Falaz patriotismo,
Hasta el hondo abismo
Nos quiso arrastrar.

Cayó, etc.
Sus bárbaras voces
Guerra infiel resuenan,
Sus ministros llenan
Los pechos de horror.
Sus diestras feroces
Vibran los puñales;
Tiemblan los leales,
Y gime el honor.

Cayó, etc.
Contra el suspirado
De su noble España,
Su impotente saña
Osó contender.
«Yo el cetro le he dado;
Que yo hago los reyes.
O jure mis leyes,
O rey no ha de ser.»

Cayó, etc.
Así, en su locura,
Rebelde clamaba,
Y el monstruo ostentaba
Que insana abortó (3).

Mostróse, ¡oh ventura!
Mostróse Fernando,
Y el pérfido bando
Por tierra cayó.

Cayó, etc.
Cual si el dios del día
Por el claro oriente
Desplega fulgente
Su pompa real,

La noche sombría
Recoge su velo,
Y huye en presto vuelo
La sombra fatal.

Cayó, etc.
Tal, y más brillante,
Fernando aparece,
Y España enloquece,
Que en salvo lo ve.

Su augusto semblante
Del sol fué la llama;
La orgullosa trama,
La vil sombra fué.

Cayó, etc.
Con tan feliz hado
Llega, almo lucero;
Vuelve al trono ibero
Su antiguo esplendor.

Ve un pueblo exhalado
Que en triunfo te lleva (4),
Que al cielo te eleva
Con gritos de amor.

Cayó, etc.
La virgen hermosa,
Jóvenes y ancianos,
Levantán sus manos
Clamando por tí.

La vista amorosa
De un padre perdido,
Al hijo querido
Le saca de sí.

Cayó, etc.
Tú, pródigo en tanto,
Sus dichas procura,
Y el bien asegura
Con firme poder.
Abrigue tu manto
La hollada justicia;
Tiemble la malicia,

(3) La constitución anárquica de Cádiz.
(Nota de MELENDEZ.)

(4) Así entró el Rey en Madrid. (Id.)

Dejándote ver.

Cayó, etc.
La edad celebrada
De Saturno y Rea
Tu reinado sea,
Reinado de paz.

Gócese hermanada
La España á tu trono,
Y esconda el encono
Su livida faz.

Cayó, etc.
¡Me engaño!... ¡Del cielo
Las sillas dejando,
Al santo Fernando
Bajar no se ve...!

¡Sigue al real abuelo,
Que con grata diestra
La senda te muestra,
Do tan grande fué.

Cayó, etc.
Entre glorias tantas,
No olvides, clemente,
De un pueblo inocente
El justo dolor.

Cual hijos, tus plantas
Abrazar desean;
En tus ojos vean
De un padre el amor.

Cayó, etc.
Mientras que el destino
Nos vuelve este día,
Tan fausta alegría
Felices gozad.

Del néctar divino
Las copas llenemos;
Por el Rey brindemos;
Su triunfo cantad.

Cayó, etc.

IDILIOS.

IDILIO PRIMERO.
LOS INOCENTES.

AHÍ está la gruta
Del aleve Amor;
Huyamos, zagala,
Las iras del dios.

Su lóbrega boca
Me llena de horror;
Si es esto la entrada,
¡Qué hará su interior?

Los negros cuidados,
El flaco temor,
Los celos insomnes,
El ciego furor

La Moran, y afligen
Con impio rigor
Los tristes que en ella
Su engaño encerró.

Huyamos, huyamos
Con planta veloz;
Si más lo tardares,
Ya no es de sazón.

Mira que sus redes
Nos tiende el traidor,
Y sólo quien huye,
Burlarle logró.

Falaz como artero,
Si escuchas su voz,
Tú serás su esclava,
Pero muy más yo.

Lanzarnos ha ciegos,
Con impetu atroz,
Por sendas que falso
De flores sembró,

A un bosque sombrío,

Do en dura prision
Sin fin penaremos
En llanto y dolor.
Este aciago bosque
Lo finge el error

Un val de delicias,
Que nadie apuró.
Las risas alegres,
Timido el pudor,
Las vivas ternizas
Y el grato favor,

Diz que lo habitaron
En célica unión,
Cuando en su inocencia
El mundo vivió;

El Amor infante,
Sin flechas ni arpon,
En nuestras cabañas
Triscando rió,

Y la hermosa virgen
No se avergonzó
De hallarse á los ojos,
Desnuda, del sol.

Si tal fué aquél tiempo,
Ya todo acabó,
Y el amor del día
No es, niña, este amor.

No en cosas que fueron,
Ni en una ilusión,
Jamás la cordura
Sus dichas cifró;

Que el agua más fria
La sed no apagó,
Si al labio tocarla
Ya rauda pasó.

Pero ¡tú suspiras!
¡Qué grata emoción!
Tus mejillas tiñe
De un vivo rubor?

¡Por qué esa faz bella,
Que al alba nubló,
Inclinó al suelo
Cual lánguida flor?

¡Dulcísima amiga!
Ya el alma sintió,
Simpática, el fuego
Que á tí te inflamó;

Y súbito noto
Que á mi corazón
Agita y regala
Su blando calor;

Probando, al mirarte,
Un gozo mayor,
Y al tocar tu mano,
Más grato temblor.

¡Si será que amemos,
Y el pérfido dios
Ya sus rudos grillos
Falaz nos echó?

No, no, que, por graves,
Insufribles son,
Y jamás mi planta
Más snelta voló.

El lágrimas ería,
Y nunca brilló
En tus lindos ojos
Tan vivo fulgor;

Y en vez de sus quejas
Y triste clamor,
Nunca á mí tan dulce
Tu labio sonó.

Nada, pues, temamos;
Que es muy superior
De Amor á los fuegos
Nuestra inclinación.

Ingenua y sencilla,
La austera razón
Sus pasos regula,
La guarda el honor;

Ni en nada semeja
Su plácido ardor
A la ardiente llama

IDILIOS.

Que el ciego sopló;
Esa llama odiosa,
Que impía, feroz,
Los hombres y el mundo
Fatal devoró.—

Así hablaba un día,
Lleno de candor,
A una niña amable
Un simple pastor.

Ella, muy más simple,
Con nuevo tesón,
Que nunca amaria,
Resuelta juró;

Y ya, en su inocencia,
Se hallaban los dos
Perdidos de amores,
Diciendo que no.

IDILIO II.

LA CORDEBITA.

Corderita mía,
Hoy llevarte quiero
A la amable Filis
En rendido feudo.

¡Oh! ¡con cuánta envidia
Tu destino veo,
Y partir contigo
Tal dicha apetezco!

Tú vas, inocente,
A ser con tus juegos,
De otra inocentilla
Feliz embeleso.

Seguirás sus pasos,
Ya con sus corderos
Al valle descendida,
Ya trepe al otero.

Tus blandos balidos
Serán dulces ecos,
Que al placer despierten
Su adormido pecho.

¡Cuál tus carteritas
Y brincos ligeros
Colmarán de gozo
Sus lindos ojuelos;

A donosas risas
Sin cesar moviendo
Su espíritu amable,
Sus labios parleros!

Más tierno otras veces
Ansiará tu afecto,
Lamiendo su mano,
Mostrarle tu celo.

Por su parda saya,
Con vivaz esfuerzo,
Tu vellón nevado
Pasando y volviendo.

Y á su lado siempre,
De tan alto dueño
Gozarás los mimos,
Oírás los requiebros.

Llamaráte amiga,
De ternura ejemplo,
De candor dechado,
De gracias modelo.

O si acaso artera
Tras algún romero,
Fugaz te guareces
Porque te eche menos,

Corriendo y balando
Al sonar su acento,
Con nuevas caricias
Calmarás su duelo,

Tomando riente,
De tu amor en premio,
La sal de su palma
Y el pan de sus dedos.

De mí lo aprendiste,
Y á saber cogerlo
De mi zurronecito
Con geloso empeño.

O si fausta logras
De Amor el momento,
Tendrás de sus labios
Algun dulce beso;

Beso que á mi fuera
De júbilo inmenso;
Que tú no codicias,
Y fiel yo merezco.

Así te engalanan,
Doblando tu asco,
Mi mano oficiosa,
Mi ardiente desvelo;

La sonora esquila
Ligada suspendo
De un collar de grana
A tu dócil cuello.

Tu vellón nevado,
De ricitos lleno,
Cual de blonda seda,
Cuidadoso peino;

Y de alegres lazos
Sembrándolo luégo,
A tus orejitas
Dobles las prevengo.

Tus clementes ojos,
Que me están diciendo
El placer que sientas,
Mirándome tiernos,

¡Mi amorosa mano,
Con este albo lienzo
Limpiándolos, cuida
Que luzcan más bellos.

Y en fin, de una trenza
De flores rodeo
Tu lomo, y atada
Con otra, te llevo.

Ya estás, dije mío,
Si no cual yo anhelo,
Mas tal como alcanza
Mi prolijo esmero.

Tu balar suave,
Tu bullir travieso,
Sencillos publican
Tu puro contento;

Y al verte galana,
Con locos extremos,
Cual hembra, procuras
Lucir tus arcos.

Corderita, vamos,
Sús, corramos prestos,
Tú á servir á Filis,
Yo á hacerle mi obsequio.

Empero si tierna
Te estrecha en su seno
Cuando tus caricias
Le vuelvan el seso;

Cuenta que le digas:
*El bien que poseo,
Gozarlo debiera
Quien te adora ciego.*

IDILIO III.

LA AUSENCIA.

Del cárdeno cielo
Las sombras ahuyenta
Rosada la aurora,
Riendo á la tierra;

Y Filis, llagada
Del mal de la ausencia,
De Otea los valles
En lágrimas riega.

Tierna clavellina,
Cuando apenas cuenta
Diez y siete abriles,
Inocente y bella,

En soledad triste
Su zagal la deja,
Que del claro Tórcos
Se pasó al Eresma.

Un mayoral rico